

ERRANTES REVOCA. LA CAMPANA DE LOS EXTRAVIADOS

La Campana. Ya está izada en la torre. Ha sido dura la faena, pero al coronarla felizmente, los monjes sonríen con satisfacción y padres y legos cierran sus comentarios con un DEO GRATIAS - GRACIAS A DIOS. Era el sueño dorado de muchos años; una campana sonora. Pacientemente se juntaron los fondos. En su aleación entró sin medida la plata para que fuera su sonido claro y preciso, y al llegar al monasterio, fresca aún su fundición, fue recibida con alborozada alegría. La manoseaban con cariño; la golpeaban con los nudillos y, al percibir sus primeras débiles vibraciones, creían fielmente realizado su ideal. Ahora, la ven en la torre, como reina sobre su trono; pronto comenzará su reinado.

Acompañada. No se encuentra sola; tiene varias compañeras en el campanario, cada una con su nombre. De lengua fuerte y casi desapacible es la DESPERTADORA, que suena a la mañana, anunciando la nueva jornada. Para muchos monjes, sobre todo jóvenes, es antipática. Querrían que no hablase, pues casi siempre viene a romper el dulce sueño. Es la suya lengua de mal agüero.

En cambio cuenta con mucha simpatía entre los monjes la ANGELICA. Pequeña, de voz grácil y sonora, parece que habla como un ángel. Es la voz del Ángel. Sigue al sol en su carrera. Tan pronto como asoma por el oriente, lo anuncia la campana plateada. ANGELUS, dicen los monjes y, arrodillándose, reviven por celdas, claustros y Capillas la escena de Nazareth en la Anunciación. "El ángel del Señor anunció a María". Modesta se recoge la campana en total silencio, pero sigue aten-

ta la marcha presurosa del astro y cuando lo ve en el cenit, de nuevo se hace eco del Ángel y a su son rezan los MONJES el ANGELUS. Otra vez se encierra en su mutismo. Así pasarán las horas del calor y de la siesta, hasta que llegue la tarde y comience la brisa fresca a amenguar el ardor de los rayos solares. Ya al rendir su jornada en un alarde de luces, en un mar de fuego, se despide tristemente el sol y en ese instante suelta su voz la ANGELICA y obedientes a ella rezan los monjes el ANGELUS. Y ahora se encogió en su rincón; se envolvió en su capa de silencio y dormirá tranquila hasta que vengan a despertarla los primeros baluceos de la nueva aurora.

Compañera inseparable de ellas es la SANTA. Su voz lenta y grave, suena solo a las nueve de la mañana, durante la Misa Conventual. Es el momento de la Consagración. La solemnidad reconcentra los pensamientos y la densidad del silencio aletea en el coro y las naves de la Iglesia. Inclinado sobre el ara, el nuevo Cristo, con poderes sacerdotales, deja caer sobre la blanca hostia sus palabras consacatorias y florece el milagro en el altar:

Pueblos, ved nuestra espiga,
Hostia de paz;
Creyente el mundo diga,
Dios aquí está.

Suelta en ese momento su lengua la SANTA y a su voz los monjes hunden sus rostros en el polvo. Van resbalando las vibraciones sobre el valle. Deja de amasar la mujer en la artesa; queda suspenso en alto el martillo del herrero y, en medio del campo, descubriendo su cabeza y apoyándose en su azada, el labrador toma una actitud orante. Todos callan y sobre aquel silencio, donde no se oye ni el pío de los pájaros ni el aleteo de la brisa, van cayendo lentos, solemnes y acompasados los toques sonoros que se escapan del labio redondo de la SANTA. ¡SEÑOR MIO Y DIOS MIO, murmuran con devoción los fieles. De pronto, tres golpes seguidos anuncian el fin de la consagración y con Cristo sobre el altar, levantan sus frentes los monjes, reanudan su tarea los trabajadores y hasta el día siguiente se despide en religioso silencio la SANTA.

Peregrinos. Lo que son ahora nuestros turistas eran en la Edad Media los peregrinos. Calzadas de Santiago, pasos de los Alpes, estradas de Italia hormigueaban con eternos peregrinos. La fe los lleva por todas partes. No cuentan apenas con medios, pero saben de la hospitalidad cristiana y, en todo caso,

las privaciones del camino completan las penitencias impuestas.

El turista actual avanza y vuela por curiosidad; el peregrino marcha por espíritu de fe. El primero, por medio de agencias de turismo, previamente ha solucionado los problemas de transporte, hospedaje y confort; el segundo marcha sin esas preocupaciones, porque el sufrimiento forma parte estudiada de su bagaje.

En la montaña. El Monasterio, como nido de águilas, está colgado sobre una roca, en el corazón de la sierra. Amplio, como el mar, es el valle recostado en la llanada a varios kilómetros de distancia y si abajo todo es estrépito y humo, arriba corre libre el viento y todo lo envuelve el silencio. La soledad reina en aquella altura, sin que el monasterio se haya atrevido a disputarle su derecho. El silencio, hermano de la soledad, ha tomado posesión de celdas y claustros y sólo en la Iglesia tiene una actitud más condescendiente. Por los góticos vitrales se filtran de vez en cuando las notas de monótona salmodia y, a horas convenidas, parlan solemnes y acompasadas las lenguas de las campanas.

No es fácil el acceso al monasterio que se yergue cual castillo medioeval, con foso, muros y torre del homenaje. Porque a los pies del valle se levantan, lanzas puntiagudas, los troncos de un extenso y negro pinar, formando un tupido bosque y en los últimos cuatro kilómetros la alfombra verde cede su puesto al piso rocoso y áspero, bordeado de simas y precipicios. Desde abajo va culebreando un estrecho sendero, a trechos muy pendiente, que arredra a muchos y detiene a casi todos. Sólo los peregrinos que van a San Pedro, a ganar el jubileo, se arriesgan, aun en invierno, a escalar la empinada cumbre que representa jornadas de ahorro.

Con frecuencia, sobre todo en invierno, y en numerosos días de tempestad, el espectáculo era temible. Con densas nubes aparecía encapotado el monte; aullaba amenazante el huracán entre rocas y pinares; las torrenteras arrastraban, entre sus espumantes aguas, piedras, puentes y árboles; borraba la nieve los senderos y el hielo hacía peligroso el caminar. No eran pocas las víctimas de las tempestades. Ateridos por el frío, morían inconscientes envueltos en la blanca sábana de la nieve. Rodaban otros al abismo, extraviados en la oscuridad o patinando por las capas de hielo. La repetición de estas tragedias obligó a los monjes a tomar una resolución.

Errantes revoca - La Voz de los Ex-

traviados. Por eso colgaron en la torre una campana con esta inscripción latina, elocuente en su sencillez: ERRANTES REVOCA - LA VOZ DE LOS EXTRAVIADOS. Cuantas veces queda envuelta la cumbre entre nubes y estalla la tempestad, comienza a voltear la VOZ DE LOS EXTRAVIADOS; un hermano lego monta guardia, en las afueras del monasterio, en una garita de madera, con una pequeña caja de primeros auxilios, y robustos perros lanudos, diestramente entrenados, van registrando las sendas que de diversas direcciones afluyen al monasterio.

Las vibraciones de la campana, entre el silencio de la nevada y los silbidos del viento, llegan al peregrino y van señalando la ruta que ha de seguir al mismo tiempo que le anuncian la proximidad del monasterio, como playa de salvación en el naufragio.

Juan, el Peregrino. Por su carácter nervioso, pese a los avisos sobre la temeridad de su empresa, Juan no quiso detenerse y, en su afán de llegar cuanto antes a Roma, decidió pasar las crestas de los Alpes por la senda del Monasterio. Con entusiasmo acometió la subida del repecho, pero a medida que subía, la noche lo fue cercando; la nieve, cada vez más espesa dificultó el avance; el hielo le penetró hasta la médula de los huesos y desorientado perdió la senda. Pronto conoció su grave situación. Retroceder era imposible; avanzar peligroso; detenerse, mortal. Un sueño suave comenzó a invadirle el organismo y casi insensible, en momentos de inconsciencia, los silbidos del viento se le antojaban notas de triste funeral. Así quedó inmóvil, incapaz de luchar, rendido completamente a la adversidad.

Pero de pronto comenzó a oír una Campana. Era "La Voz de los Extraviados" que rasgaba las sombras de la noche y alternando con los silbidos del viento, le enviaba el mensaje de bienvenida. Aquel rayo vibrante fue una voz de aliento para su espíritu; una inyección de vigor para su organismo decaído. En un supremo esfuerzo comienza a caminar; cada vez sus plantas se hundían más profundas y queda a veces, como clavado, con la nieve hasta las rodillas. El forcejeo crece a cada metro y las fuerzas disminuyen por instantes. ¿Dónde está el monasterio? Quizás no lejos; la campana lo llama, lo anima, lo invita, con voz cada vez más clara e insinuante. Pero ya es imposible; no puede más.

El viento que sopla lleva en sus ráfagas el anuncio de la presencia del peregrino en peligro. Con su fino olfato capta el mensaje uno de los perros y

lanza un ladrido de alerta. Sigue sonando la campana; multiplicase el ladrido de los perros. Uno de ellos, corriendo a la garita, avisa al hermano la probable presencia del extraviado. No hay duda; la inquietud sumada de los canes; su constante gañido; las carreras de ida y vuelta, denuncian la probable localización de la víctima.

Fuertes aldabonazos, con nerviosa insistencia, en la puerta del monasterio hace que sus puertas se abran y a los pocos minutos salen por ella cuatro hermanos legos, bien arropados, cargando una camilla. Con paso presuroso, guiados por el centinela descienden; los perros corren en diversas direcciones; meten sus cabezas en las matas dobladas con el peso de la nieve, suben, bajan, sin que aparezca rastro del peregrino.

Sigue llamando la campana; sigue el viento transmitiendo su mensaje y... nada. De pronto un terrible alarido canino rasga el silencio. Aquel alarido era clave de sorpresa, de hallazgo, de tristeza y alegría. Corren desesperados en aquella dirección los perros, comienzan a remover la nieve con sus patas y descubren al hombre caído. Avanzan los hermanos e inmediatamente, limpiándolo de la nieve, con fuertes fricciones de alcohol en pies, cuello y cabeza, lo acomodan cariñosamente en la camilla; envuelven al inconsciente en gruesa frazada de lana y emprenden la penosa ascensión.

¡Extraña procesión! Abre la marcha el hermano centinela con un farol que alumbraba el camino; detrás de él los cuatro camilleros con el enfermo y a los lados, formando escolta, van los seis fornidos perros.

"La Voz de los Extraviados" sigue sonando en el silencio de la noche; caen blandamente los copos de nieve; los legos, van rezando en acción de gracias el Te-Deum y mezclan los perros un suave gruñido que parece signo de conmiseración y respetuosa nota de alegría. Al cabo de media hora todos entran en el monasterio y tras ligeros sorbos de leche caliente, en una cama templada y bien mullida de la enfermería, bajo la vigilante mirada del lego enfermero, quedó el enfermo sumido en profundo sueño.

En el Monasterio. Apacible fue el reposo y al salir de él, los rayos de un esplendoroso día, bañaban en reverberante luz los picos de los montes y las faldas de la montaña, cubiertas de nieve. Levantóse y, después de arreglarse y tomar un suculento desayuno, quiso el peregrino que abrazó a los monjes

y acarició efusivo las lanas de los perros, mostrar su agradecimiento al Abad del Monasterio.

Recibióle en una amplia sala con cara sonriente y cordial Bienvenida: "Padre, vengo a darle las gracias, porque Ud. con sus monjes, sus perros y su campana me ha dado la vida". Y lloraba el peregrino y luchaba por besarle los pies.

"Nosotros no, respondió el Abad; pero aquí vive su Bienhechor y a Ese sí debe mostrarle su agradecimiento. Vamos a visitarlo. Y entraron en la Iglesia, una joya gótica, inundada en la luz policroma que se filtraba por los vitrales. Arrodillados ante el Sagrario oraron con fervor. Rompió el Abad el silencio. "Ahí está Jesús; es la Campana de los Extraviados: la fundida en Nazareth por el Supremo artista, el Espíritu Santo y la Virgen llena de gracia. Por eso repite en el Evangelio que es LUZ y CAMINO y VIDA. Colgado en la Cruz primero y luego en el Sagrario, llama sin cesar a los extraviados y sus campanadas son siempre siembra de amor. Y a medida que uno se acerca más a El y sobre todo, si cuelga esa campana en su corazón, entonces el tañido es más claro e insinuante."

"Antes de reemprender su marcha, descansen hoy en el Monasterio; limpie con la confesión su alma para que se transforme en campanario. Y mañana acérquese a la Comunión y cuelgue esa campana, que es Cristo, en medio de su corazón; que suene siempre para Ud. y para otros. Ud. seguirá peregrinando, pero será grato su caminar, como el de la oveja que corre al redil al son de las esquilas".

Pueblos Bolivarianos! En este Segundo Congreso Eucarístico Bolivariano, todos juntos izemos la Campana ERRANTES REVOCA. Que suene "La Voz de los Extraviados" en nuestra familia deshecha y la rehaga; en nuestro espíritu católico, anémico y tibio y lo caliente y vigorice; en nuestra indiferencia religiosa y nos enfervorice.

Ciertamente entre las tempestades de la vida y abismos del camino llegaremos al Monasterio del Cielo y allí encontraremos la paz, la seguridad y el amor. Seguirá sonando la Campana, a impulsos del mismo Amor, pero ya no será "La Voz de los Extraviados" sino "La Voz de los Bienaventurados".

VICTOR IRIARTE. S. J.